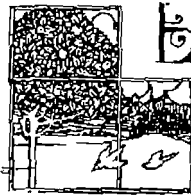




El amor nace de la entraña cristalina del día



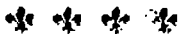
LOS ojos que pudiesen aprisionar de una vez en sus cristales a todos los rayos del sol, serían centros, como esos divinos corazones clavados de espadas. Ya Máximo de Efeso, en sus disputas con los cristianos, explicaba que la luz es el Verbo. El Empíreo, en aquella teodicea alejandrina un poco candorosa, oscura y llena de símbolos, no era solamente la última de las doce esferas donde moran, entre espíritus angélicos, las almas desencarnadas de los filósofos y de los héroes: era también el centro de la llama inma incorruptible, y el arcano del primer móvil. Todo el gnosticismo enseña que la materia sólo se actuó como sujeto de las formas, después de la luz, y que en la luz está la Universalidad. Para aquellos iniciados, como para los neoplatónicos que llevaron a los mitos helénicos la última interpretación sabia, el sol es el Logos: ¡Los infinitos caminos de amor se abren en la clara entraña del día!

Recuerdo un caso de mi vida en que me sentí lleno de luz y de emoción musical, como si todo hubiese cambiado de repente en la percepción de mis sentidos. Yo estaba en la era llena de sol, y el viejo Cachicán me trajo un puñado de trigo, que con grandes encomios del agosto, trasegó en la palma de mi mano, vertiéndolo en ramales por entre los dedos. Me cegó un tumulto de sangre y sentí en su latido la hermandad de mi carne con la tierra. La vía sacra del mundo se abría para mí, y me colmó

el alma tan beato amor por aquel puñado de fruto
tendido al sol en la palma de mi mano, tan mística
intuición, tan gozosa eucaristía, que cada grano se
me reveló distinto con otra promesa de simiente,
con otra gracia de color y de forma. Un lostrego de
sangre encendida me había puesto en los ojos la
mirada inefable, la visión gnóstica que aun pide a
mi ciencia de las palabras expresión distinta por
cada grano. Y cuando al caer la tarde abandoné
la era, de tornada por el sendero del monte, aún
me estremecía aquel conocimiento místico que ha-
bía tenido sobre una alnuerza de trigo, y cavilaba
que, logrado igual sobre todas las cosas del mundo,
sería amoroso aniquilamiento en el numen solar
que pauta el círculo de nuestras vidas. La beata
visión tenía el vértigo de los abismos, mi carne
sentía la voz oscura de su hermandad con el barro
del mundo, y mi alma vislumbraba presente en to-
do cuanto existe, aquel instante geneaiaco que hizo
conceptos sensibles en la clara entraña del día, las
Divinas Ideas.

Es enorme y difusa la memoria con que el limo
se reconoce y se junta a través de las infinitas me-
tamorfosis. En vano la larva angélica cautiva al
mirar, cautiva al conjeturar, siempre cautiva, quie-
re romper la ley geométrica y fatal que impuso al
barro el Demiurgo. La lontananza que abarcan los
ojos, ésta regula de la tierra que pisan los pies.
Como a la piedra y al árbol me aprisionan el paraje
donde reposo, y el camino por donde peregrino.
Alma mía, para estar en todas las cosas como la
imagen en el fondo del espejo, que no puede ser
separada, ama tu cárcel y todas las cárceles, ama
tu enigma y todos los enigmas. Alumbra en tí la
triple llama, junta la voz sagrada del barro y la voz
genética de la forma con el gemitivo de tu conciencia
angélica. Interpreta el símbolo trino del mundo con
la clave trina de tu humanidad, según enseña la
palabra fragante de misterio, guardada en la Tabla
de Esmeralda. ¡Alma, si quieres sentirte creada y
gozar la gracia edénica del primer instante, ama la
Idea del Mundo en la Mente Divina y en el verbo
del Sol!

RAMÓN DEL VALLE-INCLAN.



Carlos Quinto en Yuste

(Versión de Ismael Enrique Arriátegui)

Va cubriendo la noche la campiña desierta,
Retumba el trueno. ¡Oh monjes! Abridme vues-
(tra puer^{ta}.

Dejadme entre vosotros reposar hasta el día
en que a dormir os lleven bajo la tierra fría.

Quiero de vuestros claustros la vida silenciosa;
el sayal preparadme; luego cavad mi fosa.

De la celda el espacio no habrá de ser pequeño
para quien fué en su vida de medio mundo dueño.

Estos grises cabellos que habrán de ser cortados,
han ceñido coronas de reinos dilatados;

Y este cansado cuerpo que va a vestir sayal,
en días de grandeza mantó llevó imperial.

Y, fantasma en la tierra, de frente ante el Miste-
(rio,
húndome entre las sombras, como mi antiguo
(Imperio.

AUGUSTO VON PLATEN. (*)

(*) El Conde de Platen fué contemporáneo de Goethe, Uhland, Knobel, Rückert y Heine. Publicó cinco colecciones de poesía y de dramas. En sus *GRAMMATA RHYTHMICA*, o *ESPEJO DE LA RITMICA*, tradujo en su más pura forma, a la lengua alemana, la poesía persa, en que era muy versado. Sabía doce lenguas, entre ellas la española.



Cuando seas vieja

(Traducción de E. Díez Canedo)

CUANDO al hogar, anciana, cana y triste,
te adormezcas, mi libro toma: cada
verso te haga soñar en la mirada
sombria, suave y honda que tuviste,
y en los que amaron un dichoso instante,
con falso o puro amor, tu faz divina:
sólo yo amé tu alma peregrina
y el sello del pesar en tu semblante.

GUILLELMO B. YEATS,

Un alma desnuda (*)



MUERO absolutamente pura de corazón, de espíritu y de cuerpo. No creo haber tenido pensamientos bajos, interesados o depravados; esto, según parece, es muy raro. Así, pues, quiero que me vistan, en mi lecho de muerte, de lana blanca, muy fina, y que me envuelvan por completo en ella, como me gustaba estarlo en vida. La tela debe ser muy sencilla. . . . Los cabellos sueltos.

Ruego a los señores Bastien Lepage, Robert Fleury y Dina, que me arreglen los cabellos, para que esté yo muy bien.

El cuello descubierto, así como los brazos, tanto cuanto sea posible. Los brazos podrán estar velados, pero de manera que se vea la forma. Poned flores entre las manos.

La cama, antes de que sea yo depositada en ella, será cubierta de una gran tela de brocado blanco, la cual caerá holgadamente hasta el suelo. Que no pongan flores en la cama ni en el cuerpo.

Habrá cirios.

Quiero ser, después, incinerada; y mis cenizas serán depositadas en una urna de oro puro, de modelo antiguo. Ruego a Robert Fleury que determine la forma.

Legó todo lo que he escrito a X. . . ., a condición de que no cambie una palabra y de que sea publicado después de mi muerte.

MARÍA BASHKIRTSEFF.

(*) Párrafos del testamento de María Bashkirtseff, que acaba de publicar *La Renaissance* de París.

La inscripción del faro de Alejandría



EL primero y más grande de los Tolomeos se propuso levantar, en la isla que tiene a su frente Alejandría, alta y soberbia torre, sobre la que una hoguera siempre viva fuese señal que orientara al navegante y simbolizase la luz que irradiaba de la ilustre ciudad. Sóstrato, artista capaz de un olímpico, fué el llamado para trocar en piedra aquella idea. Escogió blanco mármol; trazó en su mente el modelo simple, severo y majestuoso. Sobre la roca más alta de la isla echó las bases de la fábrica, y el mármol fué lanzado al cielo mientras el corazón de Sóstrato subía de entusiasmo tras él. Columbraba allá arriba, en el vértice que idealmente anticipaba, la gloria. Cada piedra, un anhelo; cada forma rematada, un deliquio. Cuando el vértice estuvo, el artista, contemplando con éxtasis su obra, pensó que había nacido para hacerla. Lo que con genial atrevimiento había creado era el faro de Alejandría, que la antigüedad contó entre las siete maravillas del mundo. Tolomeo, después de admirar la obra del artista, observó que faltaba al monumento un último toque; y consistía en que su nombre de Rey fuera esculpido, como sello que apropiase el honor de la idea, en encumbrada y bien visible lápida. Entonces Sóstrato, forzado a obedecer, pero celoso en su amor por el prodigio de su genio, ideó el modo de que en la posteridad, que concede la gloria, fuera su nombre y no el del Rey el que leyese las generaciones sobre el mármol eterno. De cal y arena compuso para la lápida de mármol una falsa superficie, y sobre ella extendió la inscripción que recordaba a Tolomeo; pero debajo, en la entraña dura y luciente de la piedra, grabó su propio nombre. La inscripción que durante la vida del Mecenas fué engaño de su orgullo, marcó luego las huellas del tiempo destructor, hasta que un día, con los despojos del mortero, voló, hecho polvo vano, el nombre del Príncipe. Rota y avontada la máscara de cal, se descubrió en lugar del nombre del Príncipe, el de Sóstrato, en gruesos caracteres, abiertos con aquel encarnizamiento que el deseo pone en la realización de lo prohibido. Y la inscripción vindicadora duró cuanto el mismo monumento, firme como la justicia y la verdad; bruñida por la luz de los cielos en su campo eminente, no más sensible que a la mirada de los hombres, al viento y a la lluvia.

JOSÉ ENRIQUE RODÓ.

EL COLLAR DEL CISNE

*Le Cygne s'envole et emporte
son eunemi roulé a son col.*

A. DE VIGNY.

De pluma como de lino
blanco, sin una tizne,
sobre un peñón marino
reposa al sol un cisne.

Una serpiente hosca,
de escama negra y verde,
el niveo cuello enrosca
y es un collar que muerde.

Levanta el cisne el vuelo
con aguileño brio
y en la región del cielo
se ve como un navío.

Por el azul cobalto
como un fugaz destello
navega el cisne en lo alto
con la serpiente al cuello.

Abajo el mar y arriba,
orzando al sol divino,
bate el de carne viva,
va el cisne a su destino.

Jamás esa serpiente
con su mirada terca
pudo admirar de frente
al sol, ni tan de cerca.

Y muerde y envenena
el cuello blanco y terso;
¡porque esa es ave buena
es el reptil adverso!

El cisne en su remonte
a la serpiente encumbra,
le ensancha el horizonte,
la hechiza y la destumbra.

Mas la serpiente verde
el cuello blanco exalta.
¡Esa que ahora muerde
jamás se vió tan alta!

Y va sobre la espuma
del mar el cisne altivo
llevando entre la pluma
collar de jade vivo.

Pero quizá más tarde
vuelva al peñón marino
a abrir al sol que arde
alas de blanco lino.

Entonces la serpiente
se arrastrará en el suelo.
El cisne, eternamente,
sabr  encumbrar el vuelo.

R. BRENES MES N.



Acuarela

En el ámbar disuelto de la tarde,
el sol, como una rosa,
sangrando la ancha vana
de su carmín caliente se deshoja.
El mar-temblores de oro y de esmeralda -
se queja entre las rocas,
y a lo lejos, por sobre el horizonte,
como si fuera el alma melancólica
del paisaje que muere,
baten sus remos tristes las gaviotas....

DANIEL LEMAITRE.



La tierra



AUN para el hombre más desgraciado, para el que ha perdido el amor y la fe, hay siempre una religión indestructible: la de la tierra. Y, ¿quién sabe si esa felicidad que se espera que ha de venir de los cielos a la tierra, no irá más seguramente de la tierra a los cielos? Porque de la tierra no salen sólo minerales ni brotan sólo plantas. Salen ideas y brotan sentimientos, que si vosotros supiérais recogerlos como recogéis las cosechas, os enseñarían más que todos los libros de los hombres. Ojalá que esta tierra, que, girando sin cesar, nos va descubriendo las estrellas innumerables del firmamento, nos lleve algún día a otros puntos del espacio donde brillen estrellas nuevas y nos iluminen ideas más humanas; pero mientras tanto, así como rezáis, si lo rezáis, el Padre Nuestro para pedir el pan de cada día, debéis rezar también una nueva oración, la Madre Nuestra, para rogar a la tierra que recompense con los frutos de su seno inagotable el esfuerzo de los que en ella trabajan.

ANGEL GANIVET.



Lo que yo pediría

SI esta noche, de súbito,
a mí viniera un hada
y me dijese:
—Escúchame, poeta:
traigo para tus sienas esta rama
de florido laurel: traigo esta púrpura
para ceñir de púrpura tu espalda:
para tu bolsa un vellocino de oro
y esta rubia gentil para tu casa;
al hada bienhechora
le daría las gracias,
y a trueque de esos dones
le pediría:
—Hada
pónme en el brazo música,
y ambición en el alma.

R. BLANCO BOMBONA.

Fragmento

Mi alma es más verleniana que dantesca, y de los maestros que interpretaron los sueños humanos deténgome en los sitios de las reposadas meditaciones y las gracias ligeras. Oigo las conversaciones y soliloquios de mi hermano Hamlet y me aparto de sus estocadas. Montaigne me deleita de manera indecible. Un simple acorde de guitarra puede hablarme más íntimamente que un suntuoso grito de cobres orquestales. Me encanta saber que Napoleón hizo con sus propias manos un caballo de madera en Santa Elena para cabalgar sobre él y divertirse como un niño y hacer rabiar a Sir Hudson Lowe. A los músculos creados como para detener la bóveda del cielo que pone Miguel Ángel en la postrera caída del Juicio Final, prefiero la sonrisa enigmática que Leonardo trazó de una divina pincelada en los labios de su Gioconda.

PEDRO-EMILIO COLL.



Hora prima

(Versión de Miguel Antonio Cere)

ANTES de despertar saludé al día,
y del astro naciente el rayo puro,
como si hendiese cristalino muro,
al través de mis párpados lucía.
Quizá, inmóvil, mi cuerpo se vería
como un muerto esculpido en mármol duro;
en tanto en la región del sueño obscuro
llenábase de luz el alma mía.
Resonaba en mi mente en eco grato
de las canoras aves el concierto;
bañó mi corazón plácida esencia;
y fuéme dulce así por breve rato,
mal dormido sentirme y mal despierto,
suspenso entre la nada y la existencia.

SULLY PRUDHOME.

Mira tú que reinas victoriosa

(Traducción de Armando Vassallo)

Ahora que reinas victoriosa sobre las cumbres,
desde las cuales contemplas, con poderosa frente,
el mundo,
(El mundo ¡oh Libertad! que inútilmente conspirara
contra ti),
el mundo cuyos innumerables sitios y asaltos resis-
tieras;
ahora que culminas, dorada por el sol deslumbrador,
ahora que avanzas con augustos pasos, sana, suave,
fuerte y floreciente,
en estas horas supremas para ti,
mira lo que te ofrezco:
no es un poema de continental orgullo, ni un him-
no extasiado y triunfal;
te traigo un búcaro de estrofas, conteniendo las
tinieblas nocturnas y las llagas arrasadas de sangre.
Y los salmos de los muertos.

WALT WHITMAN.



Virgenes selectas

Cuando muere una virgen, una estrella aparece
nueva en el viejo engaste azul del firmamento,
y el alma de la muerta, momento por momento,
en el fulgor del astro palpita y resplandece.

Vosotros que en parejas y entre el recogimiento
del campo, habláis a solas cuando la luz fenece,
silencio! Ese murmullo que una oración parece
remonta al infinito, llevado por el viento.

Seres de bocas sabias en caricias y amores,
que vagáis a través del campo sosegado
haciendo arder el casto corazón de las flores,

piedad! *Ellas* ven todo de las hondas alturas:
vuestra pasión agravia con su impudor osado
las que vivieron solas, las que murieron puras.

GUILLERMO VALENCIA.

Decoración

Sobre una rama de sutil diseño,
que mirada al trasluz es un encaje,
abre el pavo real, cara al ensueño,
el joyel oriental de su plumaje.

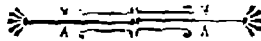
Pasa un rayo de sol el laberinto,
torna sangriento el mármol de una diosa,
y a un lagarto hipnotiza sobre el plinto
manchado a trechos de humedad verdosa.

Cortan ramos de rosas tres meninas,
hablándose a lo largo de un sendero:
en su risa y su voces argentinas
hay algo de gorrión o de jilguero.

La fronda tiembla con rumor de raso,
y calca un negro y movedizo encaje
sobre la pincelada del ocaso
en el fondo dorado de un celaje.

Oro y azul, la tarde se amortigua
por el jardín. En su recogimiento
a veces pasa una sonata ambigua
de aventura galante y de convento.

RAMÓN DEL VALLE-INCLAN.



El Poeta

(Versión de Ismael Enrique Arce Niégan)

Distraído, taciturno cuando ve que las puertas
ciérranle en su sendero,
y azorado en la vida, por campiñas desiertas
y entre el humano tráfico vaga como extranjero.
En su ideal atónito, del tiempo no se cuida
ni de burla cobarde;
pero sueña con rosas fragantes en su vida,
y siempre ve en el cielo la estrella de la tarde.

HELEN HUNTINGTON.

Cabellera negra



DÉJAME respirar largo tiempo, largo tiempo, el olor de tus cabellos y hundir en ellos todo mi rostro como un hombre sediento, en el agua de una fuente, y agitarlos con mi mano como un pañuelo oloroso para sacudir los recuerdos en el aire. ¡Si pudieses saber todo lo que veo, todo lo que siento, todo lo que oigo en tus cabellos! Mi alma viaja sobre el perfume como el alma de otros hombres sobre la música.

Tus cabellos contienen todo un sueño de velámenes y arboladuras; contienen grandes mares cuyas olas me llevan hacia climas encantadores, donde el espacio es más azul y más profundo, donde la atmósfera está perfumada por los frutos, por la piel humana.

En el océano de tu cabellera yo entreveo un puerto lleno de encantos melancólicos, de hombres vigorosos de todas las naciones, y navíos de todas las formas, diseñando sus arquitecturas finas y complicadas sobre un cielo inmenso donde se expande el eterno calor.

En las caricias de tu cabellera encuentro las languideces de largas horas pasadas sobre un diván en el camarote de un navío, mecido por el balanceo imperceptible del puerto, entre las flores y las bebidas refrescantes.

En la ardiente hoguera de tu cabellera respiro el olor del tabaco mezclado de opio y de azúcar; en la noche de tu cabellera veo resplandecer el infinito del azul tropical; en las costas vellosas de tu cabellera me embriago con los olores combinados del alquitrán, el almizcle y el aceite de coco.

Déjame morder largo tiempo tus trenzas pesadas y negras. Cuando muerdo tus cabellos elásticos y rebeldes, me parece que devoro recuerdos....

CHARLES BAUDELAIRE.



La palabra



EL cerebro es un antro desconocido; pero la palabra depende de nuestra voluntad, y por medio de la palabra podemos influir en nuestro cerebro. La transformación de la humanidad se opera mediante invenciones intelectuales, que más tarde se convierten en hechos reales. Se inicia una nueva idea, y esta idea, que al principio pugna con la realidad, comienza a florecer y a fructificar y a crear un nuevo concepto de la vida. Y al cabo de algún tiempo la idea está humanizada, triunfa, impera y destruye de rechazo la que le precedió. También el hombre se transforma a sí mismo, expresando en alta voz ideas, que al principio son conceptos puramente intelectuales, y luego, por reflexión, se convierten en pauta de la vida; porque la realización con material de una idea exige la previa realización ideal. Cuando no se tienen ideas, la palabra es inútil y aun nociva. Si la fragua está apagada, ¿qué se consigue con darle al fuelle? Enfriar más los carbones. De aquí la conveniencia del silencio pitagórico, precursor de la idea e indicio de piedad espiritual.

Quienquiera que, teniendo el cerebro vacío, hable sólo para aturdir a los que le escuchan, debe callar en el acto. El hablar maquinalmente revela temor en la inteligencia; es como el canto con que disfraza su cobardía el pusilánime. Un hombre tenaz, animado por una idea claramente concebida y expresada, triunfa siempre, aunque luche contra él la sociedad entera. No sólo el hombre, hasta los animales se dejan influir por la acción sugestiva de la palabra; por esto la cualidad esencial de un carretero es tener buenos pulmones.

ANGEL GANIVET.



Minutos amables

CUANDO hemos llegado hasta los bajos del pesimismo, y no hallamos nada en el universo que nos parezca una afirmación capaz de salvarnos, se vuelven los ojos hacia las menudas cosas del vivir cotidiano—como los moribundos recuerdan al punto de la muerte toda suerte de nimiedades que les acaecieron. Vemos, entonces, que no son las *grandes cosas*, los grandes placeres, ni las grandes ambiciones, lo que nos retiene sobre el haz de la vida, sino este minuto de bienestar junto a un hogar en invierno, esta grata sensación de una copa de licor que bebemos, aquella manera de pisar el suelo, cuando camina, de una moza gentil, que no amamos ni conocemos, tal ingeniosidad que el amigo ingenioso nos dice con su buena voz de costumbre. Me parece muy humano el suceso de quien, desesperado, fué a ahorcarse de un árbol, y cuando se echaba la cuerda al cuello sintió el aroma de una rosa que se abría al pie del tronco, y no se ahorcó.

J. ORTEGA Y GASSET.



La hora romántica

La sombra de don Juan, con paso lento
se proyecta en la calle retorcida;
espada al cinto, capa desceñida,
y la ancha pluma del chambergo al viento.

Tras las espesas rejas del convento
Inés aguarda trémula. La vida
se escapa por sus venas a medida
que se aproxima el paso somnolento.

Brilla llena de luz una ventana.....
Rezán las monjas.....y doblar se siente
al agitarla el viento, una campana.

—¿Por quién son, Doña Inés, esos clamores?
Y ella responde silenciosamente:
—¡Una novicia que murió de amores!

FRANCISCO VILLAESPESA.

El milagro de los claveles



TODO lo vió el Hermano cuando, con un indígena desfallecido iba, a la media noche, para el hospital que acababa de fundar; y hubo horror en sus ojos y hielo de pavora en su corazón. Un breve relámpago de espada, un cuerpo de hombre que caía en brazos culpables, un grito que rasgó la tiniebla como una puñalada.

Garrida y noble ella; galán él. Un padre colonial, con puntillos de honor, rectilíneo, como un trueno la voz, la mano en el puño del acero, tal cual lo pedían la perilla hidalga y el bigote entrecano, quemado por los heroicos soles de Flandes. Esa noche les sorprendió; y la estocada rompió a la vez una vida y un beso.

Nada supo la autoridad, porque el cadáver fué enterrado a prisa por la servidumbre, en un campo cercano; pero ella sí lo supo, enloquetida, al volver del desmayo; y en sollozos gemía cuando llegó la orden implacable que la arrojaba a la calle.

En la casuca humilde, el hermano Pedro ponía bálsamo en las llagas de sus enfermos, - llagas que para él eran como rojas flores de su místico jardín. Todo lleno de aromas del campo estaba el patio, pequeño como un pañuelo, ardiente de sol. La salutación de los vecinos franciscanos ponía melódica pureza en el luminoso amanecer. Y el Hermano tenía para los indígenas doloridos, palabras más suaves que el bálsamo; y pensaba, al componer la almohada de éste o al llevar agua en el tinajo para la sed de aquél, - que el Señor Dios se dignaba bendecir su obra y ungía sus manos piadosas y su espíritu, que era santo en fuerza de ser ingenuo.

Resonó un alabonazo imperioso. Y al abrir, se presentó ella, lívida, alborotada la cabellera como por una ráfaga de locura, empujando el delantal de batista con la sangre adorada... Se arrojó a los pies del Siervo de Jesús, que la reconoció y rememoró el nocturno paso de tragedia; y se sintió henchido de una misericordia infinita. Ella le dijo su pena de una sola vez.

Pensaba dedicar a la plegaria en un convento, el resto de su vida, miserable ya: llevar su casco roto y su arboladura deshecha al puerto de salva-

ción. Pero antes quería visitar la tumba del bien amado y llevarle siquiera una ofrenda de flores. Y como estaba tau desamparada, sin un maravedí, y pronto la ciudad sería un hervor de comentarios, acudía a él, al varón justo, para que la ayudase.

No vaciló el hermano Pedro: nunca vacilara para el bien. Levantándola preguntó por la sepultura. Pensó ella que ibau a pasar a algún puesto de flores; pero el firme andar del Hermano los dejó atrás. Y ante la mirada interrogadora, le dijo:

—Sígueme, que esto es por voluntad del Señor.

Llegaron al campo inculto, al pie del monte, que vestía con el ardor de la mañana. Ella cayó de rodillas y bañó con lágrimas la tierra removida; y el hermano Pedro se puso en oración. Y fué el milagro, porque el delantal con que ella se cubría los ojos se colmó de claveles en que se convertía la sangre del muerto, y que cayeron desbordados, en lluvia silenciosa sobre la tumba.

JOSÉ RODRIGUEZ CERNA.



Psalmos

¡Oh, corazón! Tu gesto parnasiano
como el de los heráldicos condores,
jamás ostente al vilipendio humano,
el pudor conventual de los dolores.

Como aquel taciturno franciscano
lleva a la tumba de tus sueños flores;
—y si mutila el réprobo tu mano,
ríe si puedes, pero nunca llores.

Tén el desdén amable de ser triste,
Sé silencioso, pues que nada existe
que no tenga dos fases bajo el cielo.

Y sobre tu dolor, con alma fina,
tiende como la reina Catalina,
un obscuro antifaz de terciopelo.

EMILIANO HERNANDEZ,

Muchacha campesina

CON el cántaro rojo en la cabeza,
corta la falda azul, y la camisa
con un vuelo de encajes, su belleza
bajo el sol matinal besa la brisa.

Por la vereda rápida desciende
cantando una canción de la montaña,
y su semblante peregrino enciende
la onda de luz que la campiña baña.

Llega del agua a la musgosa orilla
y recogiendo la ligera falda
descubre la redonda pantorrilla.

Viento fugaz agita sus cabellos
y sobre el río al inclinar la espalda
se ven sus senos mórbidos y bellos.



Manto

¡Oh pueblo de perenne primavera
por armonioso río acariciado,
desde el oscuro tiempo del pasado
paz conventual en tu recinto impera!

El sol en tus campiñas reverbera,
flores azules crecen en tu prado,
y tu nocturno cielo constelado
propicio es al ensueño y la químera.

¡Quién, sin dudas ni penas vejetara,
al rumor de tus vientos adormido,
y en tu silencio del amor gozara!

Número más en tu sencilla gente,
mirando deslizarse en dulce olvido
de la vida la rápida corriente.

FROYLÁN TURCIOS.

A un pajarillo

Canto patriótico

En tu canción: Yo—soy—de—aquí—prefieres.
¿Qué es lo que decir quieres?
¿Quieres decir que es tuyo el bosque verde,
el azul horizonte que se pierde
como un tul a lo lejos,
del alba y de la tarde a los reflejos?
¿Qué es tuya la montaña
y el río de cristal en que se baña
el moral encendido,
y en que copia su fronda el pino erguido?
¿Qué eres el solo dueño
del lirio cuyo pétalo sedoso,
de la campiña en medio a la verdura
es rival de la nieve en su blancura?
¿Qué tú sólo en el techo de la choza
debes saber si el júbilo alborozó
los humildes hogaresés,
o en ellos moran duelos y pesares?
¿Qué, al ser de aquí, tú no eres extranjero,
que tu canto es tu canto, y que primero
sus notas ahogarías
que llevar a él ajenas melodías?
¿Qué a miel extraña de dulzura llena
prefieres la colmena
del nativo lugar, y a rejas de oro
el de la libertad dulce tesoro?
¿Qué morirías de dolor si el pino
y el roble y el encino
al traidor dieran sombra,
y si el césped le diera suave alfombra?
Yo—soy—de—aquí—siga tu voz cantando,
y tu canción ejemplo a todos dando,
por ciudades, montañas y llanuras,
siempre esta voz sagrada esté vibrando:
¡Amo a mi patria y es mi patria Honduras!

RÓMULO E. DURÓN.

*Santa Elena,
9 de junio de 1916.*

Las alas íntimas



(Versión de E. D. C.)

Número

AUN los que sienten todo el encanto que exhalas,
no piensan que en tu cuerpo escondes tantas alas.
Tan sólo mi deseo las escucha, las toca,
y las besa en el pliegue riante de tu boca,
en la suave y tranquila erección de tus senos,
en tus gestos airados, en tus pasos serenos,
en el ritmo ligero de tu marcha armoniosa,
en la curva del talle que se ensancha gloriosa,
en tus ojos, en toda tu clara juventud;
hasta cuando te alejas, entre la multitud,
en tus secretos íntimos vibrar las adivino
desde una tarde cálida de tormenta y de ardor,
en que un beso, irritado por el aire felino,
desencadenó todas las alas de tu amor.



Sueño

Duermes: contra mi pecho, blanca y tibia, te
(apreso,
sintiendo blandamente alzarse la marea
ardiente de tu seno, tendiéndose hacia un beso;
deseo que, aun dormida, dentro de ti aletea.

Que tu ternura siempre, honda y voluptuosa,
de continuo me sigue y me envuelve en sus llamas,
y cuando fatigados de la lucha amorosa
dormida, todavía no duermes, sino amas,

en la paz de tu sueño me reposo, me escudo,
y en su tierna frescura mi amor hundirse quiere,
como se entra una abeja de una rosa en el fondo,
donde el áureo suspiro de su vuelo se muere.

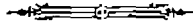
LOUIS MANDIN.

El retrato

(Versión de E. D. C.)

Scheherezada, después de los diez siglos
que llevas repitiendo tus narraciones mágicas,
flaco estará tu cuerpo como un palo,
tu boca desdentada,
torcida tu nariz, tu cabellera
como macizo de azucenas, blanca;
tu piel, que fresca fué como un albérchigo,
ya debe estar, cual pergamino, gualda;
tu manos, tan graciosas y tan finas,
flojas y descarnadas,
y aquel dorso divino
que el jazmín perfumaba
por el viejo Schariar tan codiciado,
tendrá, cual higo seco, la piel rugosa y áspera.
Pero yo, Scheherezada, te contemplo
siempre en mis sueños, joven y lozana,
siempre linda y alegre; tu voz dulce
de misteriosa magia,
del gozo a la tristeza me columpia,
sin que nunca el encanto se rompa o se deshaga.

TRISTÁN KLINGSOR.



La vida unánime

(Traducción de E. D. C.)

Avanza un alma nueva . . .

¡POR qué se transfiguran así los boulevares?
El porte del que pasa tiene poco de físico;
ya no son movimientos los suyos, que son ritmos,
y yo no necesito los ojos para verlos.

Tiene el aire un sabor como mental. Los hombres
son como ideas que cruzan por un espíritu.
De ellos a mí, no hay nada que deje de ser íntimo,
no hay nada extraño a mí de mí mismo a su rostro
y el espacio nos liga pensando con nosotros.

JULES ROMAINS.

Prosas breves



La risa del imbécil

CUANDO este mozalbete bailarín empieza a disparatar y a reír, casi todas las mujeres que le oyen son felices y yo siento vergüenza de pertenecer a la especie humana.

Es una risa que comienza con una sonrisa ratonil y que pronto se vuelve ruidosa e intermitente como el áspero rumor que produce un muñeco automático. Son explosiones insensatas de alegría caballar tras de alguna pueril sandez, como tras de la coz va el rebuzno.

La otra noche, en una tertulia, este joven majadero se excedió de tal modo en su goce explosivo, que atrajo al salón al perro de la casa. Noble animal de ojos pardos, que le miró con asombro un momento, inmóvil sobre sus patas traseras... y que luego se puso a ladrar, haciéndole segunda.



Pucor alarmado

SOBRE el obscuro tejado de la casuca del viejo Sarrabal gorjea un loro tricolor. Su monólogo —poco menos difuso que una teoría filosófica— es atentamente escuchado por una gallina parda que se esponja al sol en la copa de un naranjo.

El animalucho, hablador como un tinterillo, después de agotar su paupérrimo vocabulario, quédase inmóvil sobre una pata, con los ojuelos cerrados beatíficamente.

Entonces, con gran aparato de esponjamiento y melindres, la barragana señora del gallo saltó del árbol, y con paso de matrona perezosa fué hacia el pájaro meditabundo.....

Pero éste, al verla junto a sí, en actitud de sumisión pecaminosa, sintió en peligro su honor... Entreatrió lentamente los gruesos párpados ne-gruzcos y sacando las uñas ocultas en el verde plumaje, la interrogó con un ronquido gutural y circunspecto:

—¿Qué quiere usted?

FROYLÁN TURCIOS.

Recuerdo de Silva



YO pienso en una tragedia marítima muy lejana, de la que fui actor hace veinte años en las costas de Colombia, a bordo de *l' Amerique*.....Entonces no había minas, sin embargo, ni había guerra, ni había submarinos. En compañía de un gran poeta que ha muerto ya y que se llamó José Asunción Silva, iba yo de La Guaira a Barranquilla, en busca de visiones nuevas, y no llevaba en mi alma adolescente sino esperanzas de goces, de amor, de gloria, de vida intensa. Mi compañero había recitado, a la luz de la luna del trópico, sus hoy famosos *Nocturnos*, llenos de presentimientos patéticos y de amarguras precoces. Luego, con su voz doliente, habíame hablado de la muerte, que ya llevaba dentro del alma, del dolor de vivir, de la vanidad de todas las voluptuosidades, de la mentira de todas las ternuras, de la tragedia de cada existencia. Yo había oído distraído aquel lenguaje para mí incomprendible, pensando, más que en misterios metafísicos, en el misterio de dos ojos verdes que iluminaban el barco. Antes de separarnos para meternos en nuestros camarotes, el poeta, contestando a una confidencia mía, me dijo:

— Yo lo había notado..... Yo soy como el médico, que ve los progresos del mal ajeno y que, aun conociendo la impotencia de su ciencia para curar, hace lo que su conciencia le ordena..... Esas pupilas glaucas son un piélago..... No esas solas.... Todas las pupilas de amor... Por eso le he hablado a Ud. de la tristeza de vivir..... Pero yo sé que es inútil... Será ésta..... luego otra..... luego muchas otras... Usted creerá que eso es placer... Y un día, con el pelo blanco, mirando hacia atrás, no encontrará sino una palabra, la única que no miente, y que es: Dolor.....

Este hombre pensó—está loco. Y me dormí con mis ilusiones para despertarme, algunas horas más tarde, con el agua que ya me llegaba a la cintura. ¡Qué espectáculo, Dios mío!..... Por la primera vez en mi vida sentí pasar junto a mis sienes el soplo de la muerte.

Aquí no se salva nadie—decían los marinos. Casi todos nos salvamos, no obstante. Yo me embarqué al lado de José Asunción Silva, en una lan-

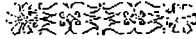
cha que fué recogida veinte horas más tarde por un velero español. Al encontrarme de nuevo en tierra, recordando, sin duda, que durante el drama yo había siempre tratado de sonreír, el poeta me dijo:

—Decididamente, el optimismo es tan incurable como el pesimismo.....

ENRIQUE GOMEZ CARRILLO.



Sumarios de ESFINGE



NUMERO 24

El Arte, Anatole France.—*La piedra*, Miguel Yurovitch Leimontoff.—*O corps humain*, André Soler.—*Declarar las cosas dios*, José Enrique Rodó.—*Dime la palabra*.... Alfonso Guillén Zelaya.—*Les morts' m'écouvent seuls*.... Jean Moréas.—*El rapto de Andrómeda*, José María de Heredia.—*Antiguo*, J. Arthur Rimbaud.—*Romanza*, François Coppée.—*El palio*, R. W. Emerson.—*Ofrenda olivaria*, Maurice Maeterlinck.—*El anís*, Carlos Bauletaire.—*Amor*, Francis Carco.—*Perfume impercedera*, Dello Savavile.—*El Tiempo*, Percy Bishe Shelley.—*Mandolina*, Paul Verlaine.—*Los días que pasan*, Helen Huntlygton.—*La Honra*, Federico Schiller.—*El pino del dulcero*,—*Biniamo pavoroso*, Proxhán Turcelos.—*El dolor moral*, Arturo Schopenhauer.—*Fragmento*, J. García Monge.—*La cebra*, Rubén Darío.—*El poema de los caminos*, Carlos Wykl Osplín.—*Al caer la tarde*, Pierre Leuys.—*Elegía estival*, Juan R. Jiménez.—*Grave y suave*, Gabriel D' Annunzio.—*Salutación a Castilla*, Ricardo León.—*Halada del país de los sueños*, Algernon Charles Swinburne.—*A una campesina*, Céleste Náyda.—*Como el agua*... Augusto C. Nello.—*Libros nuevos*, Pedro Emilio Coll.—*Auténtico*, Leopoldo Lugones.—*El alma suprema*, Paramatma.—*Diadema*, Rafael Melidoro Valle.—*El fin de Monni*, Paul de Saint-Victor.—*Las lucernas compuestas*, Saadi.—*El cantante subalterno*, Richard Wagner.—*Stonarius de esfinge*.

NUMERO 25

La leyenda de la cruz celestial, Graña Arriba.—*Rubén Darío*, Leopoldo Lugones.—*Las palabras de una Clara*, Octavio Mirbeau.—*La Libertad*, Tomás Babington Macaulay.—*Ora de sol*, Jean Le rran.—*La guerra*, José Enrique Rodó.—*Todavía el ideal*, Ricardo León.—*Amorosa*, Mauricio Barrés.—..... Juan Ramón Avelés.—*Oh, nunca me amencese!*, Theodore Sologub.—*Margarita Parker*, Jorge Gordon Byron.—*El hiesto nuestro*, Mercedes Laines.—*Planta rústica*—*El alma de los ruidos*, Proxhán Turcelos.—*Jaculatoria a un may*, Amado Nervo.—*Una Muerta*, Gabriel Sarrazan.—*Sol, dit-elle, se rde*, Jean Richespin.—*El aguila*, Francisco Gavidia.—*Napoleón*, Alfredo de Musset.—*Los tres niños*, François Coppée.—*Ipotesis final*, Juan Ramón Molina.—*Belicis y Hubul*, Eugenio de Castro.—*Oficio*, Albert Samain.—*Palabras*, William Shakespear.—*El Cáucaso*, Mikhail Yurievitch Lermontoff.—*Después de la batalla*, Victor Hugo.—*En poses de los Andes*, Olegario V. Andrade.—*Alta*, Pablo Gerardy.